

—¡Pero qué desastre! Su mamá nos va a ahorcar cuando regrese —dice el papá limpiándose la barba de las salpicaduras de huevo.

—Te lo dije —se ríe Mara a carcajadas quitándose trocitos rojos de entre el pelo.

—Y yo hubiera preferido, de todos modos, una rica pizza sobre su charola de cartón irrompible. No que ahora... A mi mamá le va a dar un ataque —dice Pablo—. Sus platos de flores nuevos quedaron hechos pedacitos.

Los tres se ponen a recoger rápidamente los trozos de loza y luego trapean el piso resbaloso de la cocina.

—Bueno —comenta el papá—, yo la quería sorprender con una *omellette* de jamón hecha por nosotros.

—Pues tendremos que pedir la pizza y esconder el tiradero hasta el fondo del bote de basura —dice Mara.

—Qué remedio, mañana después de mi trabajo, y antes de que ella se dé cuenta, me iré a reponer esta ruina. ¡Quién me manda sentirme el gran cocinero!

—Un accidente lo tiene cualquiera, pa.

Muy pronto suena el timbre y entra galopando el aroma del queso. Y, cuando tiempo después, se escucha

la llave de la puerta, todos reciben a la señora Aguilar con enormes sonrisas.

—Hola, familia. Qué bien que los encuentro tan de buenas, porque vengo muerta de cansancio. ¿Pizza de champiñones? ¿No que no les gusta?

—Pero es tu favorita, mamá —le guiña el ojo Pablo—. ¡Te queríamos dar una hipersorpresa!

—Sí que me la dieron. ¿Pero qué les picó? Si nunca me dejan pedirla.

—Después de todo, no es tan mala y queríamos que estuvieras contenta —le sonrío su hija.

—¿Pero cómo te fue a ti, Olga? ¿Por qué estás tan cansada? —le pregunta su esposo.

—Ay, Mauricio, es que no parece quedar bien la escenografía y ya falta poco para el estreno, los carpinteros no acaban y el director y los actores me pidieron unos cambios de última hora.

Los padres y sus gemelos se dedican a saborear la cena como si nada. Sólo unas miradas cómplices se asoman de vez en cuando.

—A ustedes les pasa algo —dice la mamá escudriñándolos con cuidado.

—No nos pasa nada, Olga —contesta el papá rápidamente—. Es sólo que nos alegra verte disfrutar tus champiñones. Toma, te doy los míos.

—¡Yo también! —exclaman los dos hijos al mismo tiempo.

Pablo y Mara tienen once años y los ojos verdes como los de su mamá, pero alargados como los de su papá. No se parecen más que en los ojos. Mara es más alta y eso no le gusta a su hermano, lo que sí le gusta es moles-

tarla. Bueno, también ella lo hace rabiar. Son como todos los hermanos del mundo, aunque sean gemelos. Pero esta noche parece que entre Mara y Pablo nunca ha habido ni medio problema. Cuando la mamá se dispone a tirar el cartón de la pizza, sus hijos se lo quitan de las manos.

—¡Yo lo hago!

—No, mejor yo, hermanito.

El señor Aguilar es matemático; trabaja en la universidad y viaja a distintas ciudades para verse con otros matemáticos, y siempre regresa con regalos. Le gusta mucho ver a sus hijos gozar con lo que les trae: casi se siente un mago cuando exploran en su maleta buscando tesoros. La señora Aguilar dibuja muy bien y trabaja haciendo decorados para teatro. Toda la familia disfruta mucho ver las obras en las que ella participa. Además, antes, el papá les inventaba y escribía historias para que ellos las representaran. A los niños les divierte que sus padres se dediquen a esos trabajos.

A veces la casa huele a pintura porque su mamá hace primero un escenario pequeño —una maqueta— para probar cómo se ve y los deja, luego, construir con las sobras lo que se les ocurra. Cuando eran más chicos lo disfrutaban mucho, aunque ahora les interesan otras cosas. Y, con su papá en casa, los problemas de aritmética nunca han sido problema.

Mientras cierra muy bien el bote de basura, Mara recuerda lo que le dicen siempre sus compañeros en la escuela:

—¡Qué dichosa! Pasas el examen de mate y también te diviertes con las cosas que hace tu mamá. Pero si tu papá es doctor, ¿por qué no cura las enfermedades?

—Es doctor en matemáticas.

—¿A poco están enfermas?

—Mi papá es doctor por sus estudios.

—Pues, más bien, yo creo que las matemáticas enferman a cualquiera y por eso hasta tienen sus propios doctores.

—Bueno, lo que enferma a mi papá es el desorden y entonces se enoja mucho con nosotros tres. Y siempre dice con voz fea: “¡Caramba! ¡Caramba!, esta casa parece manicomio. O ponen las cosas en su lugar o me voy a ir de aquí” —lo imita Mara.

—¿Y se ha ido?

—Obvio que no porque eso sería horrible.

Al otro día, el doctor Aguilar llega corriendo a la casa con los platos de flores antes de que su familia asome las narices por la puerta. Y a la hora de la comida, cuando la mamá abre el mueble, encuentra la vajilla tan completa como si no hubiera pasado nada. El papá se sonríe tranquilo.

Los cuates siempre discuten:

—Yo soy el mayor porque nací primero, te llevo una hora de ventaja. Me tienes que obedecer.

—Te equivocas, hermano, porque quien nace después por lo menos aprende más cosas antes de nacer, y claro que no me mandas.

Esta tarde Pablo está pintando una selva habitada por fieras. Es muy bueno para dibujar, y desde que era chico aprendió la perspectiva viendo a su mamá construir los decorados para teatro. Se dio cuenta de que esas paredes no tienen líneas rectas, como se ven desde las butacas, por eso cuando los actores caminan en el escenario, parece que el espacio es mucho mayor. Pero si te dejan subir, descubres su tamaño verdadero. Cuando dibuja, le encanta hacer a los caminos perderse lejos, muy lejos. Es divertido descubrir cómo las líneas pueden jugar con el ojo. Sus papás tienen un libro de dibujos de Escher que te hace siempre dudar, por ejemplo, según coloques la mirada, ya no sabes si ves peces o ves pájaros, “trampantojo”, le dijeron que se llama eso. Y Pablo disfruta mucho hojeando el libro.



De pronto aparecen primero Pelusa, la gata, y detrás Mara persiguiéndola como siempre. Pelusa salta a la mesa y cae sobre un bote de pintura roja que se derrama sobre la selva.

—¡Mara!, arruinaste mi dibujo, ahora tú me lo haces —le grita Pablo.

La gata corre dejando sus huellas por todo el papel. Y la niña contiene la risa para no enojar más a su hermano.

—Creo que Pelusa te echó la mano, la pata, digo, porque ya te pintó la sangre de la cacería del tigre. Si hasta te ahorró trabajo.

—¡No es ninguna cacería, tonta!

—Pues conviértela en una, ya hasta tienes las huellas de un felino feroz.

“Eso no se queda así —piensa Pablo—. Ya se me ocurrirá algo”.

Mara limpia las garras al animal y desaparece antes de que su hermano le haga sentir su enojo. Está nerviosa. Acaba su tarea con mucho trabajo, primero por lo que sucedió y, luego, porque le toma tiempo acomodar bien los datos de su investigación de historia. Aunque los gemelos están en sexto, no van en el mismo salón. Su escuela es chica, hay sólo veinte alumnos en cada clase.

Al rato suena el teléfono y ella corre a contestarlo.

—Hola, Jimena, qué bueno que me hablaste. Acaba de pasarme una cosa tremenda.

Y así le cuenta de la furia de Pablo y de que tiene miedo porque, hasta ese momento no parece suceder nada.

—Y eso es todavía más peligroso —le dice Mara.

La conversación sigue durante un largo rato, ella termina por olvidar el asunto. Hablan de la escuela, de la fiesta del sábado de Jimena que tanto han esperado, hablan de Luis y Pepe, que son los niños que les gustan. Hablan de la barbera de Erika que saca buenas calificaciones por ser así con Perla, la maestra.

—No sé cómo ella no se da cuenta —dice Jimena—, si hasta un bebé lo notaría.

—Yo también le voy a hacer un pastel de chocolate uno de estos días —dice Mara— a ver cómo me trata a mí luego.

Pablo pasa cerca, ella da un brinco asustada, pero él sigue su camino muy derecho y sin verla.

—¡Ya cuelga! —se oye la voz impaciente de la mamá.

—Espero que no llueva el sábado, porque mi fiesta se me puede arruinar —dice preocupada Jimena.

—No te apures, voy a hacer una suerte con los números para que eso no te pase. Y Mara se despide de su amiga.

Cuando está en la cama, la niña piensa que no le sucedió nada por lo del dibujo de Pablo, pero no puede dormirse porque conoce bien a su hermano. Esta calma le parece muy, muy sospechosa.